A VICENTE ALEIXANDRE

TU tiempo es ya del Tiempo. Pertenece
al transcurso del tiempo sin desgaste.
Te paras y contemplas. ¿Quién te llama
y turba tu mirar...? ¿No eres lo eterno?

Unos ojos que miran, y una frente
que piensa lo que miran esos ojos.
Una boca callada, o que recoge
y devuelve los cánticos del mundo.

Es ahora que todos te contestan
y que sumas al coro de tus bienes,
cuando el tiempo, los años, son sesenta
y parecen, tan densos, varios siglos.

Y parecen, también, las primaveras
que conservas de niño o adolescente;
unos años de luz y de sonrisas,
unas manos que turban las estrellas.

Tú no vas ni regresas: eres ello,
lo que cuenta y vigila, lo que vive
en el alma y el cuerpo del que sueña
con hallar, para sí, lo que es su esencia.

Quedarás en lo cálido del hombre,
quedarás en la entraña de su idea:
porque tú, silencioso o derramado,
eres ya consecuencia de ti mismo.

Una fecha de ti, la circunstancia
de tu andar y vivir entre nosotros.

Y es de siempre saberte, es de nunca
que tú puedas salir de lo perpetuo.

Cuando estás en los árboles, tan solo
como estás cuando otros te rodean,
solamente te tiene la que cantas
en sus brazos de luz no fugitiva.

A ese estar en tu ser más acendrado,
que se liga, glorioso, a la armonía
que construye y contiene, que levanta
monumentos de amor en las criaturas,

me dirijo y le auguro entre mortales
un estrecho y radiante, vinculado
persistir de alegrías y de hallazgos
que a los tiempos entreguen tu palabra.

Pasarán los que no te conocieron.
Pasarán los que, sordos a tu obra,
no equilibren su alma con la tuya
y por ti se valoren a sí mismos.

Pero tú, gran Vicente, tú no pasas
si es verdad que la vida no se agota.
Tú eres ya (¡y lo sabes!) lo que queda.
Tú eres tiempo de Dios. Eres Poeta.

CARMEN CONDE